



30° aniversario FIAC
26.11.2021

ORACIÓN con los testimonios de AC

Cardenal Baltazar Porras Cardozo
Arzobispo Metropolitano de Mérida
Administrador Apostólico de Caracas

TEXTO PARA COMENTAR

«Como hijos obedientes, no os amoldéis a las aspiraciones que teníais antes, en los días de vuestra ignorancia. Al contrario, lo mismo que es santo el que os llamó, sed santos también vosotros en toda vuestra conducta, porque está escrito: Seréis santos, porque yo soy santo». 1 Pt 1, 14-16

COMENTARIO

En el mundo moderno, incluido el de los que nos llamamos creyentes y practicantes, hablar de santidad suena algo extraño y fuera de lugar. Se ha introyectado culturalmente la idea de la inutilidad de lo religioso, dando razón al dicho de Nietzsche de que Dios ha muerto y nosotros lo hemos matado. Pienso que debemos buscar la razón de esta deformación, en primer lugar, preguntándonos si es algo externo a la Iglesia o en buena parte ha sido producto de una deficiente eclesiología en la que se puso el acento en lo jerárquico más que en lo bautismal, en lo jerárquico más que en lo comunal.

¿QUÉ ES LA SANTIDAD?

El Concilio afirmó la radical igualdad bautismal de todos los llamados a formar parte de la Iglesia. Más reciente, el Papa Francisco (30 de abril 2017), “indica la más alta medida de la santidad como objetivo de la vocación laical, de la que hay tantos testimonios: Los animo a continuar a ser un pueblo de discípulos misioneros que vivan y testimonien la alegría de saber que el Señor nos ama con un amor infinito, y a la vez ama profundamente la historia que nos toca vivir. Así nos los han enseñado los grandes testimonios de santidad que ha sido el camino de vuestra asociación

LA SANTIDAD ES UN PROCESO

Todos en la vida transitamos el camino de la noche oscura. Abrahán creyó, pero se preguntaba cómo sería eso, pues viejo y sin hijos no podía asegurarse la descendencia y la bendición de Dios. Job sufrió la

burla de sus amigos. Ante la situación límite de su indigencia, a pesar de haber sido fiel, su amargura y angustia se volvió oración contra toda esperanza. Es la experiencia cotidiana que vivimos en un mundo hostil donde la condición creyente se vuelve peligrosa. Se afirma, y con razón, que en el siglo XX y en lo que va del tercer milenio, el número de mártires supera al de los primeros siglos.

Un joven que ha acompañado a los jóvenes desde la primera Jornada Mundial de la Juventud es el beato Pier Giorgio Frassati, el hombre de las ocho bienaventuranzas, un joven que apostaba siempre a lo más alto. El Papa Francisco en Turín, hablando a los jóvenes ha querido repetir una expresión de Pier Giorgio, muy fuerte aun para nosotros: ¡quieran hacer el bien en la vida, vivan, no vegeten, Vivan!

¿HAY SANTOS HOY?

A nuestro alrededor hay mucho bien y virtud que no queremos ver. El Papa Francisco en medio de la pandemia que padecemos nos invita también a ver los santos de la acera de al lado. Los que no responden a los moldes tradicionales, a lo mejor, ni siquiera se confiesan creyentes. Sin embargo, lo dan todo por la vida de los demás. Veámonos en el espejo de tantos trabajadores de la salud, médicos, enfermeras, camilleros, personal subalterno que por salvar vidas ponen la propia en remojo.

Recientemente, el Papa Francisco aprobó la beatificación de un médico, laico, investigador y profesor universitario, pionero de la modernización de la medicina en su país, Venezuela. José Gregorio Hernández se convierte en modelo y testimonio en medio de la pandemia del Covid 19. La pandemia de hace un siglo, en la llamada epidemia de la “gripe española” de 1918-1919 que azotó a muchos pueblos del mundo, lo encontró junto con otros galenos dispuestos a trabajar por la salud de la población, en medio de las carencias de una buena atención sanitaria. El servicio samaritano se hace presente a través de hombres y mujeres, en los que la fe y la ciencia, se dan la mano, con la fuerza de la fe, para servir al prójimo, sobre todo al excluido, al enfermo, al desechado de la sociedad. Esos son los testigos de la santidad hoy, ejemplos para que en la postpandemia los excluidos sean reincorporados a la sociedad.

Tengo entre mis muchas ocupaciones, el ser Presidente de la “Fundación Acción Católica, escuela de santidad Pío XI”, con sede en el Vaticano, que tiene como objetivo dar a conocer los testimonios que gracias a la Acción Católica han vivido a plenitud su propia vocación como laicos, religiosos, sacerdotes, pastores; testimonios de santidad reconocidos por la Iglesia o santos de la puerta de al lado: todos, compañeros de vida en nuestro cotidiano caminar hacia la santidad.

Pienso en la realidad latinoamericana, pero estimo válida en África y Asia, la cantidad de pueblos y caseríos que, sin tener presencia constante de sacerdotes y religiosas, mantienen viva y son testimonio de la fe católica, por tradición oral, desde la más genuina vocación cristiana; en muchos casos, desde la ausencia de conocimientos profundos, solo movidos por la fuerza de la convicción y la fe. Así se mantuvo la fe, durante siglos, en el extremo oriente; y, en sitios apartados de la Amazonia, como en los llanos venezolanos durante el siglo XIX. La inmensa mayoría de catequistas en el mundo entero han sido mujeres y hombres, sin formación académica, pero con un *sensus fidei* transmitido con alegría y esperanza, con amor profundo a Jesús, la Virgen, los santos, al Papa y a la Iglesia. De allí, el valor perenne de la tradición popular encarnada.

La santidad laical, del bautizado, pasa por la asunción de la humildad, aceptar la realidad que nos pone límites. Descubrir la propia inseguridad para no creernos omnipotentes e invulnerables, y buscar la fuerza más allá, fuera de nosotros, en lo alto. La soledad de la pandemia nos hace resistir el aislamiento, experimentar la interdependencia, la necesidad de preocuparnos por el bien común, la riqueza de la

diversidad de funciones, el cuidado del otro, la existencia de personas en situaciones de verdadera precariedad que requieren acompañamiento. Vernos de cara a la finitud, a la fragilidad, nos hace percibir el valor del otro, de la comunidad, para empezar a valorar y agradecer lo que antes asumíamos como evidente. La necesidad de descubrir el afecto cotidiano, a amarnos un poco mejor o un poco más, porque nos hemos enfrentado con la certeza de que lo realmente eterno, la esperanza real está en Dios.

CONCLUSIÓN

¿Para qué intentar ser santos en el mundo de hoy? ¿Tiene sentido, o es un ejercicio inútil? La espiritualidad cristiana es muy rica pero más que una ciencia es una vivencia interior, una “mística de ojos abiertos”, a la Palabra y al Mundo circundante. Hay que superar el dualismo entre historia de la fe e historia personal, entre mundo de la fe y mundo de la razón entre profesión de fe y experiencia personal (ver, Johan Baptist Metz, Por una mística de ojos abiertos, p.11).

Concluyo con la invocación a nuestra madre María. “Cualquier mujer del mundo puede imitar a María”, nos dijo Francisco. También los hombres, sus hijos, tenemos en ella la ternura y el afecto. “La Virgen es una muchacha normal, una muchacha de hoy, una muchacha no puedo decir de ciudad porque no estaba en la ciudad, sino en un pueblito, normal, educada normalmente, abierta a casarse, a formar una familia”.

Pidamos su intercesión y digámosle:

“Virgen y Madre María,
tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida
en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno,
ayúdanos a decir nuestro «sí»
ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús”.
“Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida
que vence a la muerte.
Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos
para que llegue a todos
el don de la belleza que no se apaga”.
(EG, 288)